

Investigación, muchos adjetivos, algunas metodologías; un fin en sí mismo

Mi amigo Charlie volvió aterrado de su viaje por exóticos reinos. Parece ser que el consejero principal del rey de un lejano país acaba de sugerir que en sus territorios solo se apoye y financie mayoritariamente la investigación aplicada. “Investigación”, dice, “que como su nombre lo indica, sirve al noble propósito de aplicarse a la resolución de los problemas prácticos que aquejan a los súbditos y al reino todo”. “Además”, agrega, “de traer riquezas; si no a los súbditos al menos al reino todo”. Como si fuera poco, Charlie me cuenta que se escuchó al consejero en sus muchas arengas y en conversaciones privadas siempre difundidas por bienintencionados súbditos que era bien sabido que la investigación básica no había traído riquezas a los reinos que la practican “y esto, señores, está bien comunicado en los bandos del mundo entero”.

Y sí, más de una vez se ha escuchado que la investigación denominada básica o fundamental es oficio de ociosos, dubitativos y engreídos profesionales que solo buscan el conocimiento por el conocimiento mismo, sin preocuparse en lo más mínimo por la responsabilidad social de generar conocimiento útil, cualquiera sea el significado de la palabra “útil”. Claro, andar separando las aguas en esto de la investigación tiene connotaciones de poder y políticas, si no directamente discriminativas, hacia lo que no se conoce profesionalmente o históricamente hablando, ni qué hablar epistemológica o metodológicamente. En definitiva, el concepto del consejero podría ser, caricaturescamente hablando y con fines pedagógicos: “qué ventaja ha traído a la gente que estos monjes ocultos en sus laboratorios hayan, entre otras cosas, fusionado células del bazo con células tumorales de mieloma múltiple, para obtener esos no sé qué anticuerpos monoclonales”.

Ni siquiera me siento inclinado o motivado a refutar la ignorancia desde la historia y sus protagonistas. Tal vez yo no debería escribir este editorial y dejar que tú, buen lector, ingreses en <http://www.bl.fcen.uba.ar/Milstein.pdf>, y entiendas la aventura de la curiosidad humana que no tiene otro propósito que la de ser un fin en sí mismo: como los mismos seres humanos; como el arte; como acariciar a la amada. Principio máximo de la bioética: “todo ser humano y sus necesidades básicas son un fin en sí mismo y nadie les puede exigir regalías, intereses económicos o, menos aún, tornar al hombre y sus necesidades en medios para un fin no humano”. “Ningún ser humano y sus necesidades puede ser un medio para algo o alguien que no sea la humanidad”.

El conocimiento tiene una fuente y tiene una acción. La fuente es obviamente la búsqueda de ese conocimiento a través de cualquier procedimiento de investigación. Y en esto soy más que amplio: la exploración, la deducción, la experimentación en cualquiera de sus acepciones desde la autorreflexión hasta el experimento controlado son legítimas fuentes de conocimiento. Todos esos métodos son investigación y aun la búsqueda un poco anárquica de conocimiento es investigación. Es investigación, impredecible y poco cuantificable en términos universales, no meramente de la tan de moda “caja”. Diría el filósofo Paul Feyerabend,¹ “todo vale”.

El ser humano busca, porque necesita saber, necesita resolver sus más reservados problemas. ¿Aplica? Claro que aplica, pero aplica lo que ha obtenido a través de los procedimientos más generales. Lo cual no quiere decir que no busque para aplicar inmediatamente, pero busca con herramientas y estas herramientas son sus herramientas básicas y portables a cualquier problema. La condición de base y portabilidad hace en sí misma importante a la ciencia básica. Para resolver el simple problema de clavar un clavo, hace falta diseñar un artefacto acorde, aun dolorosamente al propio cuerpo, pero antes que nada hace falta tener la base intuitiva o bien aprendida de ciertos principios físicos. Si no, el viejo sofisma del aprendizaje por problemas concretos se apropia de nosotros y cada clavo será clavado en un incesante procedimiento de ensayo y error a medida que nos adentramos en clavos de diferentes tamaños y, claro, otros mil usos de una buena palanca. El cerebro parecería no funcionar sorprendiéndose e inventando nuevas respuestas ante cada problema, sino conceptualizando a través de un complejo sistema de inferencias inductivas, modelizaciones generales y aplicación de estas a cada problema. Justamente, la sorpresa vendría ante la novedad para la cual no tiene modelo; los genera o espera que alguien más los genere. Ese es el viejo problema de la investigación: analizar, evaluar modelos (conjuntos de hipótesis) y ver si sus datos se ajustan a los modelos en la forma más exacta posible. No hay antinomias entre lo básico o aplicado, fáctico o formal, experimental, clínico o *in silico*, en ciencias de la educación o en física atómica. Un/a investigador/a es aquella persona **entrenada** en buscar el mejor modelo posible para entender los datos que ha observado. ¿Aplica esos

1. Paul Karl Feyerabend (1924 - 1994) es un epistemólogo que ha planteado su posición renuente a un “método científico” como medida única de justificación y producción de las ideas científicas. De hecho es el creador del denominado anarquismo epistemológico. Lectura sugerida: *Against method*, New York: VERSO; 1988. Hay traducciones al castellano.

modelos? Sí, claro, siempre los aplica, para clavar un clavo, descubrir un grupo de pacientes de riesgo, o simplemente para resolver su curiosidad a través de la exploración, necesidad básica, tanto que es la fuente cognitiva por excelencia. ¿Es útil esto?... No soy original en mi contrapregunta: ¿Es útil tener un hijo, pintar un cuadro, hacer el amor o charlar con amigos? Para los pragmáticos que leen esto con desprecio o escepticismo, en fin, sí, muchas veces, casi siempre, la investigación por curiosidad (básica o fundamental) es útil en cualquiera de los términos en que se la mida, aun los económicos. En definitiva, siempre existirá un individuo que sabrá comercializar lo hallado.

Por suerte, lo animé a Charlie, no estamos en exóticos reinos, sino en un Hospital Universitario, el cual entre sus misiones tiene la salud y el conocimiento, la búsqueda y la acción, investigar y enseñar. Si enseña lo que descubre, ¡mejor! Si enseña a descubrir con las bases y la portabilidad de conocimientos que sus claustros imparten, ¡tanto mejor!

Dr. Pablo Argibay
Director del Instituto de Ciencias Básicas
y Medicina Experimental